

Un pelotón de mentiras

Pilar
Mateos

Dibujos de
Alberto
Pieru





Pelotón, el mentiroso

Pelotón empezó a decir mentiras más o menos cuando empezamos todos, de pequeño. Y así, a simple vista, parecía que iba a ser un niño como cualquier otro. No tenía nada de particular que le distinguiera de los demás. Por el tiempo en que estaba aprendiendo a andar era gordo y con mofletes. Y como le resultaba muy difícil eso de adelantar primero un pie y después el otro, andaba a saltos con los dos juntos.

–¡Qué patoso! –comentaba su hermana Lupe, que era muy mayor; por lo menos tenía ocho años–. Parece una pelota.

–Será un pelotón –puntualizó su hermano Pedro, que todavía era mayor y por lo menos tenía diez años.

–Es verdad. Es igual que el pelotón que llevamos a la playa.

Sin embargo, Pelotón no era ningún patoso; enseguida aprendió a andar y a comer solo, exactamente igual que sus hermanos; aprendió a montar en triciclo, a soplar cerrillas y a hablar con la misma soltura que ellos. Y aprendió a decir mentiras mejor que nadie.

–Mi papá es tan alto como un gigante, y tan fuerte que puede parar el viento con la mano.

–No me lo creo.

–Pues es verdad. Un día estábamos en una tienda de campaña. Y vino un viento tan grande que arrancaba los árboles. Y nos íbamos a volar todos. Entonces mi papá extendió las manos haciendo mucha fuerza y lo paró.

–Me gustaría verlo.

–¿Al viento?

–A tu papá.

–Esta tarde iré a buscarte al colegio –dijo el papá de Pelotón–. Y daremos un paseo por el parque.

Pelotón lo miró atentamente por primera vez y vio que era igual de alto que todos los padres, y que usaba las mismas gafas y los mismos bolígrafos. Y, aunque se dejaba crecer el bigote, no se dejaba crecer el pelo de la cabeza, porque le gustaba más ser calvo.

–Es bajito –le dijeron sus compañeros.

Pelotón no se desanimó.

Es que se me ha quedado pequeño. Ya hace seis años que lo tengo.

—Y eso, ¿qué tiene que ver?

—Tiene mucho que ver. Pasa con todo, ¿no? El pantalón del año pasado también se me ha quedado pequeño.

—Lo que pasa es que tú eres un mentiroso.

Y era cierto. Se veía que tenía condiciones especiales para ello. Así como otros niños están dotados para el dibujo, para el deporte o para tocar la guitarra, Pelotón estaba excepcionalmente dotado para mentir. Sus compañeros le ganaban los partidos de fútbol, las carreras de bicicletas y los campeonatos de natación; pero en los concursos de mentiras era invencible. Los estuvo ganando con toda comodidad durante mucho tiempo, hasta que a su amiga Perica se le ocurrió, por fin, la manera de vencerlo.



—Mi televisión acaba de llegar al mercado —empezó diciendo Álvaro, que sentía una gran curiosidad por la electrónica—. Y no funciona como los aparatos vulgares.

—Es verdad —asintió Sonia, procurando mejorar la mentira y ampliarla para ganar el concurso—. Yo la he visto. Y las imágenes no salen en una pantalla como la que tenemos en casa. Aparecen por cualquier parte, en medio de la habitación, al lado de la librería, o vete a saber dónde.

Timoteo estaba muy concentrado poniendo en marcha su imaginación, y añadió:

—Es muy divertido. A lo mejor aparece un cordero encima de la alfombra, y se quiere comer una margarita pintada. Y dos vaqueros se ponen a charlar, sentados en el sofá de tu cuarto de estar.

–Yo, una vez, me encontré en la cocina a una señora gorda fisgando en la nevera –dijo Rodrigo.

Se produjo un silencio, y todos miraron a Pelotón desafiantes, porque parecía imposible inventarse más fábulas sobre las imágenes de televisión; pero Pelotón no se amilanaba fácilmente.

–Yo también estaba aquel día –comentó como el que no quiere la cosa–. El día en que salió el corderito. Lo cogí y lo llevé al pueblo de mi abuelo, y se lo regalé a un pastor. Ahora lo tiene allí, en su rebaño. Y todas las primaveras lo esquila.

Sus amigos arrugaron el ceño defraudados, dando por hecho que habían vuelto a perder. No contaban con la intervención de Perica.

–No entiendo nada de electrónica, ni de esas figuras de la tele que andan sueltas por

ahí; pero os aseguro una cosa: si Pelotón lo cuenta, será verdad, porque Pelotón no ha dicho una mentira en toda su vida.

Y éste era, sin duda, el mayor embuste que se podía inventar.

Por entonces, Pelotón ya no mentía ni para defenderse ni para presumir, como hacemos de pequeños. Mentía para ver lo que pasaba. Y es que estaba descubriendo algo muy curioso. Del mismo modo que la cara de su madre adoptaba un gesto preocupado cuando él se quejaba de dolor de tripa, la cara de la gente también cambiaba de expresión y hacía muecas graciosas cuando él contaba una trola.

—Ha dicho el profe que mañana vamos a hacer una prueba en el laboratorio, que traigamos unas gafas de sol y un colador.

—¿De los de colar la leche?

–De esos. ¡Ah! Y un huevo.

–¿Un huevo? ¿Para qué?

–Eso no lo sé.

A la mañana siguiente, cuarenta niños se presentaban en clase con unas horribles gafas negras y un colador en la cabeza como si fuera un gorro. Y el profesor se quedaba pasmado viendo entrar a sus alumnos, de uno en uno, con aquellos raros adornos y un huevo en la mano. Casi lo que más le gustaba a Pelotón era la cara de asombro que ponía el profesor; resultaba mucho más divertida que el jaleo que había organizado, más divertida, incluso, que perderse aquel día la lección de naturales.

En poco tiempo, Pelotón conoció muchas cosas acerca de la mentira. Descubrió, por ejemplo, que la mentira tiene patas y corre sola. Ya sé que esto es un poco chocante, pero es así. Y así fue como lo descubrió: una tarde

lluviosa, Pelotón le contó un cuento a su amiga Sonia; únicamente a ella, y a nadie más.

—Ha dicho el profe que dejemos los paraguas abiertos encima de las mesas para que se sequen antes.

El profesor se había entretenido con los directores y llegó con cierto retraso. Al entrar en el aula, abrió la puerta y la boca al mismo tiempo. Aquello no era una clase; era un muestrario de paraguas con dibujos de flores, de rayas, de cuadros..., un bosque de enormes setas multicolores. El agua se había escurrido por las varillas, y el suelo estaba encharcado. A los niños ni se los veía. Plof, plof, les hacía el agua dentro de los zapatos.

—¿Qué significa esto? —preguntó el profesor muy despacio. Y se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo para no preguntarlo muy deprisa.



Álvaro se puso en pie, cortésmente, y se dio un coscorrón contra su paraguas verde.

–Usted ha dicho que dejáramos los paraguas abiertos para que se secaran antes.

–¿Que yo he dicho...? –el profesor se detuvo, disgustado. Tenía la sensación de estar hablando con un tropel de picos de metal–. ¿A quién se le ha ocurrido semejante idea?

–No sé. A mí me lo ha dicho Perica.

Un paraguas azul cielo se elevó un poco y por debajo salió la voz de Perica, alegre y resplandona como el surtidor de una fuente.

–Porque me lo dijo Eulalia.

Eulalia levantó su paraguas azul marino con lunares rojos.

–Y a mí, Míriam.

A Míriam se la distinguía con bastante claridad a través del plástico transparente. Se había puesto colorada, y musitó con timidez:

–A mí me lo dijo Timo.

El paraguas amarillo de Timoteo estaba bailando, porque Timo sacudía los hombros al hablar, como el que quiere quitarse algo de encima.

–Yo, lo que me dijo Álvaro.

–A mí me lo dijo Rodrigo.

–Y a mí, Sonia.

–Está bien, está bien –se impacientaba el profesor–. Pero ¿quién fue el primero?

Nunca llegó a saberlo. De pronto, los paraguas estaban arremetiendo belicosamente unos contra otros, transformados en espadas, en cascos, en escudos, en tanquetas...

–Tú me lo dijiste antes.

–No, no. Me lo dijiste tú a mí.

–Nada de eso. Tú fuiste el primero.

–Has sido tú.

–¡Orden! –exigió el profesor–. ¡Orden!

Y a la voz de mando, todos los combatientes, como un solo hombre, depusieron las armas.

Así fue cómo se enteró Pelotón de que la mentira es una bola con patas que corre sola, pero aún iba a descubrir cosas más sorprendentes. Pelotón se sacaba de la manga una mentirijilla de cabeza rosada y patas verdes, y la dejaba caer, haciéndose el distraído, mientras jugaban a las canicas:

—Este curso, si saco buenas notas, voy a montar en barco.

—¿Sí? —se admiraba Timo.

Y la mentirijilla rosa y verde se ponía rápidamente en circulación, sin someterse a ninguna norma de tráfico, desobedeciendo a los guardias y saltándose todos los semáforos en rojo.

—¿Sabes qué? —le confiaba Timo a Sonia, compartiendo con ella una bolsa de patatas

fritas—. Si tiene malas notas, no le dejarán montar en barco. Se pasará todo el día estudiando.

—¿Todo el día trabajando? —se aseguraba Sonia; y corría a contárselo a Míriam—. A lo mejor le ponen a despachar en una tienda.

—Si fuera en una heladería, no estaría mal —apuntaba Míriam, dirigiendo a Álvaro una mirada de complicidad—. Y que nos diera a nosotros los cucurucho rotos.

—El papá de Pelotón tiene una heladería —concluyó Rodrigo—. Y nos va a regalar los cucurucho que se rompan.

Mientras su mentirijilla seguía dando vueltas de acá para allá, Pelotón estaba echando una carrera con Perica. Perica lo ganó por muy poco, y se cansó tanto que tuvo que sentarse en el suelo y secarse el sudor de la frente con la mano.

–Estoy pensando una cosa –al hablar se paraba de vez en cuando para tomar aliento–: que a mí los cucuruchos rotos no me hacen gracia. Yo prefiero que me regales un helado entero. Y lo quiero de nata y limón.

–¿Qué?

–Digo este verano, cuando despaches en la heladería.

Pelotón estaba mirándola como si de pronto le hubieran crecido cuernecitos de cabra en la frente, o la cresta de un gallo.

–¿En qué heladería?

–En la de tu padre.

–Mi padre no tiene ninguna heladería.

–Pues todos lo dicen.

No era que a Perica le estuvieran saliendo de repente cuernecitos de cabra ni alas de mariposa. Era que, en vez de su mentira de cabeza rosa y patas verdes, le devolvían otra

completamente distinta, azul y roja, y mucho más bonita; pero ni parecida.

Pelotón no consiguió comprender con claridad de qué manera se había producido semejante cambio; pero ya empezaba a sospechar que las mentiras no sólo andaban de un lado para otro devorando cuanto les salía al paso, sino que además se pintaban de distintos colores, se ponían caretas diversas, se disfrazaban y se transformaban misteriosamente, hasta el punto de que ni su propio inventor las reconocía.